

## **Fray José Fernández Moratíel y su Escuela del Silencio**

Fr. Julián de Cos, O.P.

Publicado en *Vida Sobrenatural* 87 (2007) 46-55

La última vez que hablé con Moratíel fue hace algo más de un año. Fue una larga conversación, y coincidió, seguramente, con su última estancia en el convento Virgen de Atocha, allá por octubre de 2005. En este convento recalaba varias veces al año yendo de viaje a algún encuentro de la Escuela del Silencio. Cuando menos me lo esperaba, me encontraba con Moratíel en el pasillo o hablando en el teléfono de la segunda planta. La comunidad de Atocha le había reservado una apartada y silenciosa celda en el ático. Generalmente, los encuentros en el pasillo con Moratíel eran fugaces. Con gran efusión me saludaba, me preguntaba qué tal estaba y finalizaba la conversación diciéndome que iba a aprovechar su paso por Madrid para ir a comer con unos amigos o para ir al dentista. Aunque resulte cómico decirlo, incluso cuando me decía que se iba al dentista, hablar con él siempre me dejaba lleno de paz.

No soy la persona más indicada para escribir un artículo sobre Moratíel y la Escuela del Silencio. Hay muchas personas que lo conocen bastante mejor. De hecho, le pedí a mi amiga Mari Àngels Valldaura, dominica seglar, que le echase un vistazo al borrador de este artículo y me ha corregido bastantes cosas. Me voy a limitar a aportar unos breves apuntes introductorios sobre Moratíel y su Escuela del Silencio y a lanzar temas de estudio para que algún lector se anime a investigar y a escribir sobre ello. Aunque voy a citar a algunas personas cercanas a Moratíel, no pretendo con ello decir que sean las únicas ni las más importantes. Si omito a alguien significativo, es por despiste o ignorancia. Pido disculpas por ello.

Moratíel hablaba desde el corazón. No sólo transmitía ideas o pensamientos, como podemos hacer cualquiera de nosotros, sino, sobre todo, daba testimonio con toda naturalidad del Reino de Dios que él vivía aquí, en el mundo cotidiano. Ese es, en mi opinión, el gran valor de Moratíel. Sus grandes dotes como predicador no provenían de una magnífica retórica sino, sobre todo, de que hablaba de su propia experiencia desde el corazón. Ello le hacía capaz de transmitir eficazmente el mensaje del Evangelio a diferentes tipos de creyentes, e incluso a agnósticos y ateos. Pero hay que decir que, ciertamente, el mensaje de Moratíel caló mucho más en las mujeres que en los hombres. Se trata de un fenómeno que habría que investigar.

Cuando uno hablaba con Moratíel o asistía a una charla suya, no sólo se enriquecía con la suave simplicidad de sus profundas palabras: se dejaba arrastrar por lo que él vivía interiormente. La alegría que siempre mostraba al hablar o al predicar salía de muy dentro, y eso se le notaba exteriormente. Me atrevo a decir que son las personas como él las que hacen verdaderamente creíble el Evangelio e infunden auténticas esperanzas en la venida del Reino de amor y felicidad predicado por Jesús.

La vivencia espiritual de Moratíel se fue haciendo poco a poco en el tiempo. Su vida fue un progresivo evolucionar en su relación con Dios, con las personas y con el mundo. Queda mucho por investigar en este campo. Del Moratíel que nació en Santa Olaja de Eslonza (León, 17-3-1936) al que falleció en Málaga (12-2-2006) hay muchos pasos espirituales.

Como es obvio, su contacto con la Orden de Predicadores a los trece años (1949) supuso un gran giro en su vida. Del hogar familiar –de honda experiencia cristiana– paso a vivir en el gran convento que la Orden tenía en Corias (Cangas de Narcea, Asturias). Era la

Escuela Apostólica para los futuros dominicos. Allí, entre montañas, pasó cinco años. El noviciado lo hizo en el convento de San Pablo de Palencia. Su maestro de novicios fue el P. Merino, fraile con gran fama espiritual y muy querido por los que fueron sus novicios.

A continuación realizó los estudios de Filosofía en el convento de Ntra. Sra. de Las Caldas (Las Caldas de Besaya, Cantabria) y de Teología en el convento de San Esteban de Salamanca. La etapa de formación es muy importante para los dominicos. En ella se nos enseña a pensar y a hablar sobre Dios. Sin ella habría sido imposible que Moratíel expresara tan sencilla y acertadamente su experiencia espiritual. Su sólida formación intelectual le permitió desarrollar un lenguaje místico totalmente acorde con el Evangelio. Y es que, gracias a la Filosofía y la Teología, el testigo de Dios tiene criterios para diferenciar lo divino de lo humano.

En 1962 se ordena de sacerdote y al año siguiente es asignado al convento de San Pablo de Valladolid. Pero sus especiales cualidades humanas y espirituales hacen que tenga que regresar a San Esteban como pedagogo de los estudiantes. Sería muy interesante conocer esta etapa de su vida: de qué hablaba a los estudiantes, cómo desarrollaba su faceta de acompañante espiritual, etc. Quizás, no sé, descubriríamos en ese momento de su vida el germen del gran místico que más tarde acabará siendo.

Moratíel ha estado asignado buena parte de su vida al convento de Santiago Apóstol de Pamplona, desde 1968 hasta su fallecimiento. Allí fue superior durante un tiempo. Pero, afortunadamente, la comunidad le dejó las manos libres para dedicarse por completo a predicar y dar retiros. ¿Qué pasos fue dando Moratíel hasta configurar a finales de los años 80 la Escuela del Silencio? Yo no sabría responder a esa pregunta. Sólo conozco algunos datos sueltos. En mi opinión, es importante estudiar bien este proceso para llegar a conocer en profundidad la vivencia espiritual y el pensamiento místico de Moratíel. También habría que sacar a la luz las fuentes de su pensamiento.

Cuando, hace unos años, estuve con Moratíel en su celda de Pamplona, me enseñó su pequeña biblioteca, y recuerdo que le dio mucha importancia a la obra de Karlfried Graf Dürckheim, *Hara. Centro vital del hombre*, sobre el budismo zen. Ciertamente, Moratíel ha tomado algunos elementos importantes de esta forma de vida. De hecho, desde mediados de los años 80 hasta mediados de los 90 estuvo muy vinculado con el movimiento zen de Ana M<sup>a</sup> Schlüter. También «buscó» caminos de encuentro con Dios en el yoga y en otros tipos de espiritualidades que fue descubriendo. Alguien me dijo que también había hecho los Ejercicios Espirituales ignacianos de un mes.

En la conversación en su celda de Pamplona, Moratíel me habló sobre todo de los dominicos místicos renanos del siglo XIV (Eckhart, Taulero y Susón). En mi opinión, lo mismo que Dürckheim, Moratíel enlazó el budismo zen con la mística del Maestro Eckhart. No sé si incluso podría decirse que la espiritualidad zen le sirvió para profundizar en la vivencia espiritual de vacío y desasimiento propuesta por este autor y sus discípulos. A modo de ejemplo, baste decir que en una charla que nos dio a los frailes en un encuentro de formación permanente en el convento de La Virgen del Camino (León), a finales de los años 90, sin citarlo, siguió de cerca el sermón de *Los pobres de espíritu* del Maestro Eckhart.

Otra fuente importante del pensamiento de Moratíel son los comentarios bíblicos de san Agustín. Probablemente este gran Padre de la Iglesia le ayudó, entre otras cosas, a desarrollar la faceta afectiva de su pensamiento, la cual, junto a su sencillez y a sus asiduas referencias a elementos de la naturaleza, le daba a su modo de expresarse un cierto estilo franciscano. También leía a los Padres del Desierto. Algunas de las leyendas que él

contaba las tomó de ellos. Otras las cogió de antiguos cuentos de la India. Parece que algunas eran de su propia cosecha. Había gente que le enviaba libros de cuentos y Moratíel los leía y empleaba para sus charlas.

Pero, sin duda, lo que más influyó en Moratíel fue la espiritualidad de nuestro padre santo Domingo. De él aprendió a apoyar su intensa actividad misionera en una profunda vida de oración: “Contemplar y dar lo contemplado”, que diría santo Tomás. También tomó de nuestro fundador el saber valorar a toda la persona, incluyendo el cuerpo. Ello forma parte del núcleo del carisma dominicano. Por ello Moratíel hablaba muchas veces de la importancia que tiene lo corporal a la hora de relacionarse con Dios y de vivir el Silencio. Como buen dominico, buscó a Dios en distintos ámbitos de la vida: en los libros, en el teatro, en los paseos por el campo, en conversaciones con otras personas, etc. Por otra parte, es bien sabido que la afección cardíaca de Moratíel se aceleró debido a su afán por ir de un encuentro a otro sin apenas descansar. Esto lo hizo al más puro ejemplo de santo Domingo, que deseaba intensamente salir a predicar el Evangelio. Moratíel era un fraile predicador, y murió como tal.

Hablando de su cualidad como predicador, recuerdo que estando yo destinado en el convento de Santo Domingo de Bilbao, vino Moratíel a dar una charla sobre la Escuela del Silencio a la parroquia y a ella asistió mucha gente que no le conocía. Habló tranquila y sosegadamente durante algo menos de una hora. Al finalizar me quedé a la salida a escuchar los comentarios de la gente. La gran mayoría salían hablando de lo mucho que les había gustado y de las ganas que tenían de hacer la experiencia del Silencio. No había más que ver la expresión de sus caras. En ese momento me di cuenta del mucho bien que puede hacer una buena predicación, incluso en tiempos como los actuales en los que los medios audiovisuales están tan desarrollados. Quien predica bien, transmite la Palabra de Dios. Es decir, comunica al mismo Dios (cf. Jn 1, 1). Y no hay nada que supere eso.

La obra más importante de Moratíel es, sin duda, la Escuela del Silencio. Se trata fundamentalmente de unos retiros espirituales –a los que él llamaba «encuentros»– en los que proponía el «Silencio» como modo de relación con Dios. Así, la Escuela del Silencio pasó a ser un camino espiritual. Estos encuentros se organizaban en España y algunas zonas de América.

Dentro de la Orden dominicana, Moratíel trabajó en solitario. Nunca hubo otros dominicos que colaborasen con él dirigiendo encuentros de la Escuela del Silencio. Sí tuvo colaboradores (sobre todo mujeres, la mayoría muy valiosas, entre ellas algunas dominicas) que, por ejemplo, le ayudaban en la organización de los encuentros o pasaban a ordenador sus charlas. Pero sólo él dirigía los encuentros o daba charlas sobre la Escuela del Silencio.

En sus encuentros, Moratíel hablaba de cómo encontrar a Dios haciendo Silencio y, sobre todo, nos lo hacía practicar. Aunque es muy importante el sigilo físico, Moratíel insistía en que el Silencio ha de ser principalmente interior. Nos animaba a silenciar los «ruidos» interiores que nos impiden estar junto a Dios. Fundamentalmente nos prevenía del «ego» que todos llevamos dentro. No debemos permitir que éste se haga con las riendas de nuestra vida.

No se trata de refugiarse en uno mismo. Todo lo contrario. El Silencio nos ayuda a alimentarnos espiritualmente del amor de Dios, para verterlo en los que nos rodean. El Silencio es una ayuda valiosísima para predicar y trabajar por el bien de los seres humanos. En el Silencio, no es nuestro ego el que gobierna nuestra vida, sino Dios.

El Silencio es aceptarlo todo, para que todo se diluya en el Silencio y nada nos aparte de Dios. Es ofrecernos tal cual somos. Es vivir en el momento presente, dejando pasar lo que ya fue, sin anteponerse a lo que será. La profunda paz interior que se adquiere con el Silencio, se transmite «por ósmosis», en la mera convivencia con los que nos rodean. El Silencio es atisbar la auténtica felicidad del Reino de Dios.

Y todo esto se intentaba experimentar comunitariamente en los encuentros de la Escuela del Silencio dirigidos por Moratiel. Éstos duraban, generalmente, entre tres días y una semana. A lo largo de cada jornada, Moratiel daba dos pequeñas charlas de media hora aproximadamente, una a media mañana y otra a media tarde; solía haber un rato de ejercicios de relajación para hacer «silencio corporal»; el que quería, podía hablar a solas con él; se celebraba la eucaristía antes de cenar; y había unas cinco o seis horas de oración en Silencio, todos juntos en la capilla. Moratiel insistía en que a sus encuentros se iba a practicar el Silencio, no a pensar sobre él. Al final de cada encuentro, los participantes exponían en asamblea sus experiencias, sus dudas o sus ideas acerca del Silencio, y Moratiel las comentaba públicamente. La gente salía del encuentro con el interior «renovado». Pero Moratiel insistía en que lo más importante era practicar el Silencio en la vida cotidiana.

Cuando yo asistí a mi primer encuentro de la Escuela del Silencio, en Loyola, en agosto de 2003, Moratiel citaba a menudo textos bíblicos, sus charlas apenas sobrepasaban los 30 minutos y en ellas introducía numerosas «leyendas» (cuentos con moraleja), anécdotas de su vida y, en ocasiones, poemas. Ciertamente, las charlas que nos dio tres años antes a los dominicos del convento de Bilbao en nuestros ejercicios espirituales anuales, en el monasterio de las dominicas de Lejona, fueron más largas y teóricas. Pero ello se debió al público al que se dirigía, del que Moratiel bien sabía que estaba acostumbrado a escuchar charlas o conferencias de Teología.

Moratiel escribió muy poco. Sus libros son fruto, en buena medida, de la transcripción de sus charlas por sus discípulos y amigos. Hay que hacer mención especial a fray Emilio Rodríguez, O.P. y, sobre todo, al laborioso trabajo de sor Puri, dominica del monasterio de Segovia. Después, el propio Moratiel supervisaba los textos. Algo parecido pasaba con algunas de sus cartas. No podemos dejar de agradecer a Carmen María Hernández sus magníficos dibujos inspirados en el Silencio y que ilustran tan bellamente varios de los libros de Moratiel.

En 1994 se publica su primera obra: *Conversando desde el silencio* (ed. San Pablo). A ella le siguieron *La cosecha del silencio* (ed. Martínez Roca, 2001), *La posada del silencio* (ed. José J. de Olañeta, 2003) y *La sementera del silencio* (ed. Desclée de Brower, 2005). Hacia diciembre de este año, 2006, saldrá una obra póstuma de Moratiel: *Desde el silencio* (ed. Desclée de Brower). Junto a esto, hay numerosas cintas con charlas suyas grabadas. También contamos con los videos de las entrevistas que le hizo Jesús Quintero (“El loco de la colina”). Gran parte de este material, y otras muchas cosas relacionadas con la Escuela del Silencio y Moratiel, aparecen en la página web: <http://www.dominicos.org/manresa/silencio/>, muy bien dirigida por Mari Àngels Valldaura.

Me parece muy significativo que un discípulo de Moratiel, Manuel López Casquete, haya publicado ya, antes de cumplirse el aniversario de su fallecimiento, una obra que gira en torno a la espiritualidad del Silencio: *Regreso a la felicidad del silencio* (ed. Desclée de Brower, 2006). Otro discípulo suyo, José María Toro, está escribiendo un libro sobre el propio Moratiel. Y Lola Montes, una destacada promotora de la Escuela del Silencio desde el fallecimiento de Moratiel, publicará en diciembre un disco, *Desde el*

*corazón*, dedicado a él. Todo esto indica que el mensaje de Moratiel ha calado muy hondo. Mari Àngels me insistía en que no me olvidase de la cantidad de gente anónima que, gracias a él, experimenta a Dios en el Silencio en su vida cotidiana.

Otro tema muy interesante para ser estudiado es el presente y futuro de la Escuela del Silencio sin la presencia física de Moratiel. Ciertamente, aunque estaba bastante mal del corazón, nadie esperaba que falleciese tan pronto, con 69 años. Moratiel llevaba tiempo pensando sobre cómo encauzar la Escuela del Silencio cuando él ya no pudiese hacerlo. Sé de al menos dos frailes dominicos a los que él les propuso hacerse cargo de la Escuela; ninguno de ellos aceptó. Pero en esto Moratiel también evolucionó. Por una conversación que tuve con él hace dos años, me consta que la idea de un «sucesor» ya no le parecía tan buena. Y en mi último diálogo con él, me dijo claramente que quería dejar la Escuela del Silencio en manos de la Providencia. Aunque yo le sugerí que formase a seglares para que le relevasen dentro de unos años, a él no le pareció buena idea. Me decía que era muy fácil dar las charlas de los encuentros de la Escuela del Silencio porque en ellas siempre decía lo mismo. Que cualquiera podía hacerlo –humildemente he de decir que yo no estoy muy de acuerdo–. También dedicó un tiempo a explicarme las líneas básicas de su espiritualidad. Meditando ahora desde la distancia aquella larga conversación paseando al sol en la azotea del segundo piso del convento de Atocha, me parece que Moratiel estaba exponiendo su testamento, porque sabía mejor que nadie que le quedaba muy poco tiempo de vida.

Afortunadamente, la Escuela del Silencio tiene vida independiente a su creador. Por ello ha seguido funcionando hasta ahora. Sor Lucía Caram, del monasterio dominicano de Manresa, Victoria Álvarez, dominica misionera de la Sagrada Familia, y otras personas muy allegadas a Moratiel -que no cito por no hacer una lista de nombres excesivamente larga-, han trabajado mucho para que así fuera. La gran mayoría son mujeres seglares. Curiosamente, ya hace dos años, el grupo de Ourense estuvo a punto de organizar por su cuenta un encuentro de la Escuela del Silencio cuando operaron a Moratiel del corazón. El primer encuentro que se organizó tras su fallecimiento fue en Sevilla. Unos meses más tarde, a comienzos de julio, nos reunimos en el monasterio de las dominicas de Segovia un grupo de simpatizantes de Moratiel para dialogar sobre el futuro de la Escuela del Silencio. De esa reunión salieron algunos criterios a seguir y, sobre todo, el firme convencimiento de que la Escuela del Silencio debía continuar.

Y así ha sido. Ya se han organizado varios encuentros. Yo asistí al de Herencia, en agosto, y todos los participantes quedamos encantados. Una cosa me llamó la atención: en el diálogo que hubo al finalizar el encuentro se dijo que, ahora que ya no está físicamente Moratiel, recae más sobre sus discípulos y seguidores la responsabilidad de vivir el Silencio. Estoy de acuerdo con eso. El Silencio, tal y como lo entendía Moratiel, es un camino de encuentro con Dios muy valioso. Sería una pena que se perdiese. No existe nada igual en el espectro espiritual actual. Hay otros grupos o movimientos que también hablan de practicar el «silencio» en la oración, pero lo hacen desde otros esquemas espirituales.

Estoy convencido de que poco a poco la Escuela del Silencio irá tomando cuerpo. El futuro de la espiritualidad del Silencio depende casi únicamente de su práctica por las personas. Por ello es importante seguir el soplo del Espíritu Santo, evitando cambiar el contenido del legado de Moratiel, pero sin ceñirse demasiado a la «letra» o a las «formas», para así poder adaptar la espiritualidad del Silencio a los nuevos tiempos y a los diferentes lugares y culturas.

Personalmente, considero que lo mejor que podemos hacer desde la Familia Dominicana es propiciar una reflexión teológica sobre el legado espiritual de nuestro hermano Moratiel. Así se evitará que éste acabe adulterándose, como tantas veces ha

pasado a lo largo de la historia con otros místicos, como es el caso del Maestro Eckhart. Y es que la aparente simplicidad y la gran profundidad del pensamiento de Moratiel le hacen muy susceptible de ser modificado. Otro riesgo a evitar es que la espiritualidad de Moratiel se simplifique tanto que acabe reduciéndose a varias generalidades. Por ello sería muy bueno que aquellos que conocieron a Moratiel se animasen a escribir sobre él y su espiritualidad.

Hablando con fr. Emilio Rodríguez, O.P., del que he hablado más arriba, ambos coincidíamos en pensar que Moratiel es un misterio. Ciertamente, no sabemos exactamente qué pensamientos y sentimientos se movían dentro de él, ni cómo se fue gestando en su corazón la Escuela del Silencio. Pero si, a modo de rompecabezas, vamos uniendo lo que cada uno de sus amigos y seguidores llegó a conocer de él, podremos llegar a tener una visión bastante acertada de su espiritualidad.